

Maguncia, y cuando se resolvió abrasar este desgraciado país, trasladando la población á otro punto.

Por último, Carnot entró á formar parte del comité de salvación pública, comenzando á introducir orden y concierto en las operaciones militares.

Habíamos perdido el campamento de César, y merced á una gloriosa retirada, Kilmaine salvó los restos del ejército del Norte. Los ingleses se habían dirigido á Dunkerque para sitiar esta plaza, mientras los austriacos atacaban el Quesnoy y se dirigía aceleradamente un ejército desde Lila hacia la retaguardia del duque de York. Si Houchard, que mandaba entonces sesenta mil franceses, hubiese comprendido el plan de Carnot, marchando sobre Furnes, no se hubiera salvado un solo inglés. En vez de colocarse entre el cuerpo de observación y el de sitio, emprendió una marcha directa, y decidió por lo menos el levantamiento del sitio, dando la feliz batalla de Hondshoote. Ella fué nuestra primera victoria, salvó á Dunkerque, privó á los ingleses de todo fruto de esta guerra y nos devolvió la alegría y la esperanza.

Sin embargo, nuevos desastres trocaron bien pronto esta alegría en nuevas alarmas. Los austriacos tomaron á Quesnoy; el ejército de Houchard, sobrecogido en Menin de un terror pánico, se dispersó; los prusianos y austriacos, á quienes nada contenía ya desde la toma de Maguncia, se adelantaron por las dos vertientes de los Vosgos, amenazaban las líneas de Wissemburgo y nos batieron en diversos encuentros. Los lioneses resistían vigorosamente, y los piemonteses, recobrada la Saboya, habían bajado á Lyon para coger entre dos fuegos á nuestro ejército. Ricardos había atravesado el Tet, pasando de Perpiñán; y finalmente, la división de las tropas del Oeste en dos ejércitos, el de la Rochela y el de Brest, había frustrado el éxito del plan de campaña acordado en Satmur el 2 de septiembre.

Mal apoyado Canclaux por Rossignol, se halló indefenso en el seno de la Vendée y hubo de replegarse sobre Nantes. Entonces se hicieron nuevos esfuerzos: completóse y se proclamó la dictadura por la institución del gobierno revolucionario; la autoridad del comité de salvación pública fué proporcionada al peligro, se hicieron las levas y organizáronse los ejércitos con multitud de quintos. Los recién llegados formaron las guarniciones, y se pudieron trasladar á las líneas las tropas organizadas. Finalmente, la Convención mandó á los ejércitos que venciesen en un tiempo dado.

Las providencias que tomó produjeron sus inevitables efectos. Reforzados los ejércitos del Norte, se concentraron en Lila y en Guisa. Los aliados habían pasado á Maubeuge para tomarlo antes de terminarse la campaña; Jourdan, que salió de Guisa, trabó con los austriacos la batalla de Watignies, é hizo levantar el sitio de Maubeuge, como Houchard había hecho levantar el de Dunkerque. Los piemonteses fueron rechazados por Kéllermann más allá del San Bernardo; Lyon, lleno de quintos, fué tomado por asalto; Ricardos se vió recha-

zado más allá del Tet; y finalmente, los dos ejércitos de la Rochela y de Brest, á las órdenes de un solo jefe, Lechelle, que dejaba obrar á Kléber, arrollaron á los vendeanos en Chollet, obligándoles á cruzar el Loira desordenadamente.

Sólo un descalabro turbó el regocijo que debían causar tales acontecimientos: las líneas de Wissemburgo se perdieron; pero el comité de salvación pública no quiso terminar la campaña antes de recobrarlas; y el joven Hoche, general del ejército del Mosela, desgraciado, aunque intrépido en Kaiserslautern, alcanzó una recompensa á pesar de ser batido. No siéndole posible vencer á Brunswick, precipitóse sobre el flanco de Würmsers, y desde aquel momento los dos ejércitos del Rhin y del Mosela, ya reunidos, rechazaron á los austriacos más allá de Wissemburgo, obligaron á Brunswick á seguir este movimiento retrógrado, é hicieron levantar el bloqueo de Landau, acampando en el Palatinado.

Se recobró á Tolón por una idea feliz y un prodigio de audacia; y los vendeanos, á quienes se creía aniquilados, pero que en su desesperación se habían dirigido en número de ochenta mil hasta más allá del Loira, buscando un puerto para echarse en brazos de los ingleses, fueron rechazados desde las orillas de aquel río, y cogidos entre dos barreras que jamás pudieron franquear. Sólo en los Pirineos fueron desgraciados nuestros ejércitos; pero no perdimos sino la línea del Tech, y acampábamos aún delante de Perpiñán.

Así pues, aquel año grandioso y terrible nos presenta á Europa oprimiendo á la revolución con todo su peso, haciéndola expiar sus primeros triunfos del 92, obligando á sus ejércitos á retroceder, penetrando por todas las fronteras á un tiempo; y á una parte de Francia insurreccionada, y agregando sus esfuerzos á los de las potencias enemigas. Entonces se irrita la revolución; su cólera estalla el 31 de mayo; desde este día se granjea nuevos enemigos, y parece á punto de sucumbir contra Europa y las tres cuartas partes de sus provincias sublevadas; pero muy pronto hace entrar en razón á sus enemigos interiores; presenta un millón de hombres á la vez, bate á los ingleses en Hondshoote y es batida de nuevo. Con esto redobla al punto sus esfuerzos, gana una batalla en Watignies, recobra las líneas de Wissemburgo, rechaza á los piemonteses hasta más allá de los Alpes, toma á Lyon y Tolón, y derrota dos veces á los vendeanos, la primera en la Vendée y la segunda y última en Bretaña. Jamás espectáculo alguno fué más grande y digno de ofrecerse á la admiración é imitación de los pueblos: Francia había recobrado todo cuanto perdió, excepto Condé y Valenciennes y algunos fuertes del Rosellón. Las potencias de Europa, por el contrario, que habían combatido todas juntas contra una sola, no alcanzaron nada, reconveníanse entre sí, y se atribuían mutuamente la mengua de la campaña. Francia acababa de organizar sus medios, y debía aparecer mucho más formidable al año siguiente.

CAPÍTULO XVIII

Continuación de la lucha entre hebertistas y dantonistas. — Camilo Desmoulin publica el *Antiguo Franciscano*. — El comité media entre los dos partidos, consagrándose primero á reprimir á los hebertistas. — Escasez en París. — Informes importantes de Robespierre y Saint-Just. — Movimiento intentado por los hebertistas. — Arresto y muerte de Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette, Momoro, etc. — El comité de salvación pública hace sufrir la misma suerte á los dantonistas. — Arresto, proceso y suplicio de Danton, Camilo Desmoulin, Philippeaux, Lacroix, Herault Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot, etc.

La Convención había comenzado á ejercer algunos actos de severidad contra la facción turbulenta de los franciscanos y de los agentes ministeriales. Ronsin y Vincent estaban presos y sus partidarios se agitaban por fuera, esforzándose, Momoro en los franciscanos, y Hebert en los jacobinos, por excitar en favor de sus amigos el interés de los revolucionarios exaltados. Los franciscanos hicieron una petición, y con tono muy poco respetuoso preguntaron si se quería castigar á Vincent y á Ronsin, por haber perseguido valerosamente á Dumouriez, Custine y Brissot, declarando que consideraban á aquellos dos ciudadanos como excelentes patriotas; y que los conservarían siempre como individuos de su sociedad. Los jacobinos presentaron una exposición más mesurada, limitándose á pedir que se acelerase al informe sobre Vincent y Ronsin, para castigarlos si eran culpables ó devolverles la libertad en el caso de ser inocentes.

El comité de salvación pública guardaba todavía silencio: sólo Collot d'Herbois, aunque individuo del comité y partidario obligado del gobierno, manifestó el mayor celo por Ronsin, y el motivo era natural, pues la causa de Vincent le era casi extraña, al paso que la de Ronsin, enviado á Lyon con él, y ejecutor además de sus sangrientas órdenes, le tocaba muy de cerca. Collot d'Herbois había sostenido con Ronsin que sólo se contaba una centésima parte de lioneses que fueran patriotas, que era preciso deportar ó inmolar á los demás, llenar el Ródano de cadáveres, espantar á todo el Mediodía con aquel espectáculo, y asombrar de terror á la rebelde ciudad de Tolón. Ronsin estaba preso por haber repetido estas horribles frases en un cartel; y Collot d'Herbois, llamado para dar cuenta de su misión, tenía el mayor interés en justificar la conducta de Ronsin, á fin de que se aprobase la suya. En aquel momento llegaba una petición firmada por algunos ciudadanos lioneses, que hacían la pintura más desgarradora de los males de su ciudad: á las descargas de metralla habían sucedido las ejecuciones en la guillotina; toda la población estaba amenazada de exterminio, y se había comenzado á demoler una ciudad rica y fabril, no con la piqueta, sino con la mina. Esta exposición, que cuatro ciudadanos tuvieron el valor de firmar, produjo en la Convención una impresión dolorosa. Collot d'Herbois se apresuró á redactar su informe, y en su embriaguez revolucionaria presentó estas

terribles ejecuciones tal como se ofrecían á su propia imaginación, es decir, como indispensables y naturales. «Los lioneses, decía en substancia, estaban vencidos, pero aseguraban que tomarían bien pronto la revancha. Era preciso imponer por el terror á estos rebeldes, sin someter aún, y con ellos á todos los que quisieran imitarles; se necesitaba un ejemplo rápido y terrible. El instrumento ordinario de muerte no actuaba con bastante celeridad; el martillo demolía con lentitud; la metralla ha aniquilado á los hombres, y la mina ha destruído los edificios. Los que han muerto habían derramado todos la sangre de los patriotas; una comisión popular los elegía de un golpe de vista rápido y seguro entre la multitud de prisioneros, y no hay motivo para sentir la muerte de ninguna de las víctimas.» Collot d'Herbois obligó á la Convención admirada á aprobar lo que á él mismo le parecía tan natural; y dirigióse después á los jacobinos para quejarse á ellos del trabajo que le había costado justificar su conducta, y de la compasión que habían inspirado los lioneses. «Esta mañana, dijo, he necesitado valerme de circunloquios para que se aprobase la muerte de los traidores. Llorábase y se preguntaba si *habían muerto del primer golpe...* ¡Del primer golpe, los contrarrevolucionarios! Y Chalier ¿murió del primer golpe? (1)... ¡Os informáis, dije yo á la Convención, de cómo murieron esos hombres que han cubierto de sangre á nuestros hermanos! Si no hubieran muerto, no deliberaríais aquí... ¡Pues bien, apenas se comprendía este lenguaje! ¡No podían oír hablar de los muertos; no podían menos de ver sombras!» Pasando después á tratar de Ronsin, Collot d'Herbois dice que este general ha compartido todos los peligros de los patriotas en el Mediodía; que había arrojado con él los puñales de los aristócratas, desplegando la mayor firmeza para hacer respetar la autoridad de la república; y que en aquel momento se regocijaban todos los aristócratas de su detención, siendo ésta para ellos una esperanza. «¿Qué ha hecho, pues, Ronsin para que se le prenda?, añadía Collot; yo lo he preguntado á todo el mundo, y nadie ha podido decírmelo.»

Al día siguiente de esta sesión, en la del 3 nivoso, Collot, volviendo á la carga, se presenta para anunciar la muerte del patriota Gaillard, el cual viendo que la

(1) Este montañés, condenado por los federalistas lioneses, fué mal ejecutado por el verdugo, quien tuvo que repetir la operación hasta tres veces para cortarle la cabeza.

Convención parecía desaprobador la energía desplegada en Lyon, se había dado muerte. «¿Os he engañado, exclama Collot, al decir que los patriotas iban á verse reducidos á la desesperación si el espíritu público venía á humillarse aquí?»

Así, pues, mientras permanecían presos dos jefes de los ultrarrevolucionarios, los hombres de su partido se agitaban por fuera. En los clubs y la Convención causaban un trastorno las reclamaciones en su favor, y hasta, un individuo del comité de salvación pública, comprometido en su sistema sanguinario, los defendía para defenderse á sí mismo. Sus adversarios, por otra parte, comenzaban á emplear la mayor energía en sus ataques. Philippeaux, que había vuelto de la Vendée poseído de indignación contra el estado mayor de Saumur, quería que el comité de salvación pública, participando de su cólera, persiguiese á Ronsin y á otros, viéndolo una traición en el mal éxito del plan de campaña del 2 de septiembre. Ya se ha visto cuantos errores recíprocos, malas inteligencias é incompatibilidades de carácter distinguieron esta guerra. Rossignol y el estado mayor de Saumur se dejaron llevar del enojo, mas no habían hecho traición; y al desaprobados el comité, no podía hacerles sufrir una condena que no había sido justa ni política. Robespierre hubiera deseado una explicación amistosa; pero Philippeaux, por demás impaciente, escribió un folleto muy violento, en que refería toda la guerra, mezclando muchos errores con muchas verdades. Este escrito debía producir la más profunda sensación, ya que atacaba á los revolucionarios más pronunciados, acusándoles de espantosas traiciones. «¿Qué ha hecho Ronsin?», decía Philippeaux; ha intrigado mucho, ha robado mucho, ha mentado mucho. Su única expedición es la del 18 de septiembre, en la que hizo derrotar á cuarenta y cinco mil patriotas por tres mil bandidos; es aquella jornada fatal de Corón, en la que después de haber situado nuestra artillería en un desfiladero, á la cabeza de una columna de seis leguas de flanco, permaneció oculto en un establo como un tuno cobarde, á dos leguas del campo de batalla en que nuestros infelices compañeros eran diezmados por sus propios cañones.» Según vemos, las frases del escrito de Philippeaux no eran muy comedidas; y desgraciadamente no trataba con mucha atención al comité de salvación pública, al que debiera haber interesado en su causa. Philippeaux, descontento al ver que no se participaba bastante de su indignación, parecía imputar al comité una parte de los errores que atribuía á Ronsin, y empleaba esta expresión ofensiva: *Si no habéis sido más que engañados...*

El escrito, como acabamos de decir, produjo gran sensación. Camilo Desmoulins no conocía á Philippeaux; pero satisfecho de ver que los ultrarrevolucionarios de la Vendée cometían tantos errores como en París, y no imaginando que la cólera hubiese cegado á Philippeaux hasta el punto de inducirle á convertir las faltas en traición, leyó su folleto con afán, admiró su valor, y en su ingenuidad decía á todo el mundo: «¿Habéis leído á Philippeaux?... Leed á Philippeaux...» Según él, todo el mundo debía leer aquel escrito, que daba á conocer los peligros que había corrido la república por culpa de los revolucionarios exagerados.

Camilo amaba mucho á Dantón, y era amado de él:

ambos pensaban que habiéndose salvado la república por sus últimas victorias, era tiempo ya de poner término á las crueldades, inútiles en lo sucesivo; que prolongadas éstas por más tiempo, no servirían sino para comprometer la revolución; y que sólo el extranjero podía desear é inspirar su continuación. Camilo imaginó escribir un nuevo diario al que dió por título *El Antiguo Franciscano*, porque Dantón y él eran los decanos de aquel club célebre; consagróle á combatir á todos los revolucionarios nuevos, que intentaban derribar y adelantar á los más antiguos y probados; y jamás aquel escritor, el más notable de la revolución, y uno de los más ingenuos é ingeniosos de nuestro idioma, desplegó tanta gracia, originalidad, y hasta elocuencia. Véase de qué modo comenzaba su primer número (15 frimario): «¡Oh Pitt!, rindo tributo á tu genio. ¿Qué nuevos franceses, desembarcados en Inglaterra; te han dado tan buenos consejos y tan seguros medios para perder á mi patria? Ya has visto que naufragarías eternamente contra ella si no te dedicases á perder en la opinión pública á los que desde hace cinco años burlan todos tus proyectos. Has comprendido que son ellos los que siempre te vencieron, y los que era preciso vencer; que debías acusar de corrupción precisamente á los que no pudiste corromper, y de tibieza á los que no te era dado enfriar!» «He abierto los ojos, añadía Desmoulins, y he visto el número de nuestros enemigos; su multitud me arranca del cuartel de los Inválidos y me conduce al combate. Es preciso escribir, es preciso abandonar el lápiz pausado de la historia de la revolución, que yo bosquejaba junto al hogar, para volver á tomar la pluma rápida y palpitante del periodista, á fin de seguir á rienda suelta el torrente revolucionario. Diputado consultante, á quien nadie consultaba ya desde el 13 de junio, dejo el sillón y salgo de mi despacho, donde he podido estudiar cómoda y detenidamente el nuevo sistema de nuestros enemigos.»

Camilo elevaba á Robespierre por las nubes, á causa de su conducta en los jacobinos, y de los generosos servicios que había prestado á los antiguos patriotas, expresándose en los términos siguientes respecto al culto y las proscripciones:

«El espíritu humano enfermo necesita el lecho de los sueños de la superstición, y ver las fiestas, las procesiones que se instituyeron, los altares y los santos sepulcros que se erigen; paréceme que no se hace más que mudar la cama al enfermo, sólo que le arrebatan la almohada de la esperanza de otra vida... En cuanto á mí, así lo dije el mismo día en que ví á Gobel presentarse en la barra con su doble cruz, llevado en triunfo delante del filósofo Anaxágoras (1). Si no fuera un crimen de lesa Montaña sospechar de un presidente de los jacobinos y de un procurador del Ayuntamiento, tales como Clootz y Chaumette, estaría tentado de creer que al recibirse de Barrere la noticia de que *la Vendée no existía ya*, el rey de Prusia exclamaría dolorosamente: «Todos nuestros esfuerzos se estrellaron, pues, contra la república, puesto que el núcleo de la Vendée está destruido;» y que el diestro Luchesini le habrá dicho para consolarle: «Héroe invencible, imagina un recurso; déjame á mí hacer. Yo pagaré á algunos sacerdotes para que se ven-

(1) Nombre que había tomado Chaumette.

dan por charlatanes, y estimularé el patriotismo de los otros para que hagan semejante declaración.»

»Hay en París famosos patriotas que serán muy á propósito por sus talentos, sus exageraciones y su sistema religioso, bien conocido, para secundarnos y recibir nuestras impresiones; sólo es cuestión de hacer obrar á nuestros amigos en Francia, cerca de los dos grandes filósofos Anacarsis y Anaxágoras; de poner en movimiento su bilis, y deslumbrar su civismo por la rica conquista de las sacristías. (Espero que Chaumette no se quejará de este número; el marqués de Luchesini no puede hablar de él en términos más dignos.) Anacarsis y Anaxágoras crearán empujar la rueda de la razón, cuando lo hacen con la de la contrarrevolución; y muy pronto, en vez de dejar morir en Francia al papismo de vejez y de inanición, cuando ya se halla á punto de exhalar el postrer suspiro, yo os prometo, por la persecución y la intolerancia contra aquellos que quieren decir misa y oír, enviar muchos reclutas á Lescure y Larochejacquelein.»

Refiriendo después Camilo lo que se hacía en tiempo de los emperadores romanos, y pretendiendo no dar sino una traducción de Tácito, hizo una terrible alusión á la ley de sospechosos. «Antiguamente, dijo, había en Roma, según Tácito, una ley que especificaba los crímenes de Estado y lesa majestad, aplicándoles la pena capital; estos crímenes de lesa majestad, en tiempo de la república, se reducían á cuatro clases: si un ejército había sido abandonado en país enemigo; si se habían excitado sediciones; si los individuos de los cuerpos constituidos habían administrado mal los negocios ó los caudales públicos; y si la majestad del pueblo romano se había envilecido. Los emperadores no necesitaron más que algunos artículos adicionales á esta ley, para comprender á los ciudadanos y á las ciudades enteras en la proscripción. Augusto fué el primero en cumplir esta ley de lesa majestad, sometiendo á ella los escritos que llamaba contrarrevolucionarios. Muy pronto no tuvieron ya límites las ampliaciones, y cuando las palabras llegaron á ser crímenes de Estado, sólo faltó ya dar un paso, para convertir en crímenes las simples miradas, la tristeza, la compasión, los suspiros, y el mismo silencio.»

»Muy pronto fué un crimen de lesa majestad ó de contrarrevolución, en la ciudad de Nursia, haber erigido un monumento á sus habitantes muertos en el sitio de Módena; crimen de contrarrevolución en Libón Bruso haber preguntado á los que decían la buenaventura si no poseería alguna vez grandes riquezas; crimen de contrarrevolución en el periodista Cremucio Cordus haber llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos; crimen de contrarrevolución en uno de los descendientes de Casio tener en su casa el retrato de su bisabuelo; crimen de contrarrevolución en Mamercio Scuro el haber escrito una tragedia en que había cierto verso al que se podía dar dos sentidos; crimen de contrarrevolución en Torcuato Silano el ser muy gastador; crimen de contrarrevolución en Petreyo haber soñado sobre Claudio; crimen de contrarrevolución en Pomponio el que un amigo de Seyano hubiera ido á buscar asilo en una de sus casas de campo; crimen de contrarrevolución el quejarse de las desgracias de la época, porque era hacer el proceso del gobierno; y crimen de contrarrevolución

no invocar el genio divino de Calígula. Por haber faltado, á muchos ciudadanos se les condenó á ser destrozados á golpes, á ir á trabajar en las minas, ó á ser devorados por las fieras; y aun hubo algunos que sufrieron el martirio de ser aserrados por mitad del cuerpo. En fin, se consideró crimen de contrarrevolución en la madre del cónsul Fusio Germino haber llorado la muerte funesta de su hijo.

»El que no quería exponerse á morir él mismo, debía manifestar alegría por la muerte del pariente ó del amigo.

»Todo hacía sombra al tirano: si un ciudadano llegaba á tener popularidad, ya era un rival del príncipe, que podía suscitar una guerra civil. *Studia civium in se verteret, et si multi idem audeant, bellum esse.* SOSPECHOSO.

»Si se huía por el contrario de la popularidad, y se quedaba uno en su casa calentándose al fuego, esta vida retirada era observada al punto y merecía consideración. *Quanto metu occultior, tanto plus fama adeptus.* SOSPECHOSO.

»Si uno era rico, había peligro inminente de que sobornara al pueblo con sus larguezas. *Auri vim atque opes Plauti, principi infensas.* SOSPECHOSO.

»Si erais pobre, se decía: ¡Cómo!, invencible emperador, es preciso vigilar de cerca á ese hombre, pues ninguno es tan emprendedor como aquel que no tiene nada. *Syllam inopem, unde principum audaciam.* SOSPECHOSO.

»Si teníais un carácter sombrío y melancólico, ú os mostrabais indiferente, era porque los asuntos públicos marchaban bien. *Hominem publicis bonis mestum.* SOSPECHOSO.»

Camilo Desmoulins proseguía así esta gran enumeración de los sospechosos, trazando un cuadro horrible de lo que se hacía en París por lo que se había hecho en Roma; y si la carta de Philippeaux había producido una viva sensación, la de Camilo Desmoulins la produjo mucho mayor aún, habiéndose vendido cincuenta mil ejemplares de cada uno de sus números en pocos días. Las provincias pedían muchos, y los prisioneros se los transmitían ocultamente, leyendo con gusto, y con alguna esperanza, á aquel revolucionario que les era tan odioso en otro tiempo. Camilo, sin querer que se abriesen las prisiones, ni que retrocediera la revolución, pedía que se instituyese un comité llamado de *clementia*, que pasara revista á los prisioneros, diese libertad á los ciudadanos encerrados sin causa suficiente, y contuviera la sangre allí donde había corrido demasiado.

Los escritos de Philippeaux y de Desmoulins irritaron en el más alto grado á los revolucionarios celosos, mereciendo la reprobación de los jacobinos: Hebert los denunció con furor, y hasta propuso borrar los nombres de los autores de la lista de la sociedad, señalando además como cómplices de Camilo Desmoulins y Philippeaux á Bourdón de l'Oise y Fabre d'Eglantine. Ya hemos visto que Bourdón de l'Oise había querido, de acuerdo con Goupilleau, destituir á Rossignol; habíase indispuerto después con el estado mayor de Saumur, y no dejó de clamar en la Convención contra el partido Ronsin, por lo cual se le creía asociado con Philippeaux. Acusábase á Fabre de haber tomado parte en el asunto del falso decreto, y se estaba dispuesto á crearlo, aun-